

La conjura



Por los años que rondaron el de 1930, un par de semanas antes del cambio de estación, todos los lunes, Ciccino Ferrera, dicho «Beccheggio», llegaba a Vigàta con el tren de las ocho de la mañana que venía de Palermo.

Llenaba una carroza con un baúl y dos maletas llenas llenísimas atadas con cuerdas y se hacía llevar al hotel Moderno donde, como era costumbre, alquilaba una habitación para dormir y los salones Mussolini para la exposición.

Apenas en el hotel, desmontaba el baúl y las maletas y desplegaba en los salones una exposición de vestidos de mujer, última moda, de la premiada sastrería napolitana Stella del Pizzo, por aquel entonces con grandísima fama en Sicilia, de la que él se calificaba como único representante autorizado entre los vendedores ambulantes.

Hacia la una del mediodía, a la hora en la que todos se encierran a comer en sus casas, a bordo de un sidecar alquilado a Totò Rizzo, que hacía también de chófer, Ciccino recorría concienzudamente todo Vigàta y gritaba con un megáfono de lata:

—¡Bellas señoras, bellas señoritas! ¡Ha llegado Ciccino!
¡Ha llegado Ciccino! La exposición estará abierta de las cuatro

de la tarde a las siete en el hotel Moderno hasta el miércoles próximo. ¡Vengan, vengan a ver los maravillosos y novísimos vestidos de Stella del Pizzo para la nueva temporada!

Al reclamo del anuncio, las mujeres solteras y casadas que se podían permitir lo de agenciarse un vestido de la famosa sastrería salían de casa.

Ante todo, Ciccino hacía descuentos suculentos, casi como de liquidación de restos.

En los tres días de apertura, los salones estaban siempre llenos y Ciccino apuntaba qué vestidos elegían las clientas, regateaba el precio y metía el dinero en una bolsa.

Luego, entre el jueves por la mañana y el domingo por la mañana, iba a casa de las señoras con los vestidos que habían elegido, se los probaba y en un visto y no visto (bravo sastre como era) cortaba, cosía, alargaba, ensanchaba, ajustaba, arreglaba y los ponía a punto en un santiamén.

El domingo por la tarde, con el baúl y las maletas vacías, volvía a Palermo y hasta la vista de aquí a tres meses.

Ciccino Ferrera era un cuarentón abundante tan feo que daba miedo. Peloso como un oso, la frente estrecha, un ojo que miraba a Cristo y el otro a san Juan, vete a saber si llegaba al metro y medio, la testuz pequeña pequeña como de la-gartija bajo una tal masa de pelo negro y rizado que parecía un sombrero, tenía unas piernas tan arqueadas que cuando caminaba parecía igual idéntico a un barco con marejada.

La fealdad del cuerpo la compensaba, en gran parte, la belleza de los ojos, las largas pestañas casi femeninas, pupilas negras y profundas y, además, un carácter alegre y amigable, siempre dispuesto a echarse unas buenas risotadas incluso a costa de cuán feo era o del apodo.

Los maridos se fiaban de él, bien porque pensaban que ni la más necesitada de las mujeres hubiera tenido valor

para liarse con un monstruo así, bien porque el comportamiento de Beccheggio con las clientas era siempre respetuosísimo.

Más adelante, un viernes por la tarde —hacía ya dos años que Ciccino frecuentaba Vigàta—, la treintañera señora Mariuzza Sferla le contó a la amiga Tanina Buccè un gran secreto bajo juramento solemne de no hablar de ello con nadie —riesgo de pena de muerte inmediata—: lo que le pasó esa misma tarde con Beccheggio.

Estaban a principios de la estación estiva, la última semana de mayo —para entendernos—, pero hacía ya un calor de muerte.

Ciccino se presentó en casa de la señora Mariuzza a las tres, cuando ella, ya comida, llevaba media hora estirada en la cama y seesteaba con solo el viso por vestido.

—¿Quién anda?

—Ciccino soy. El vestido le traigo.

Se había olvidado por completo haber acordado con Ciccino que debía venir a aquella hora.

Se puso la bata y fue a abrir.

Estaba sola en casa. El marido, Ubaldo, cónsul de la milicia fascista, estaba en Roma desde hacía tres días por razón de una celebración e iba a estar fuera un par de días más. Immacolata, la sirvienta, no se acercaba por la casa desde hacía más de veinticuatro horas porque tenía el hijo enfermo.

La señora Mariuzza era una tal belleza que los hombres del pueblo perdían el norte por ella.

Mediría un metro ochenta, era rubia, ojos celestes, piernas que no se acababan nunca, y era conocida por la absoluta seriedad y devoción al marido.

«Esa no es una mujer, es una barra de hielo», dijo a los amigos Paolino Sciabica, el seductor del pueblo, tras haber recibido el enésimo rechazo.

Como había hecho otras veces, la señora hizo pasar al dormitorio a Ciccino porque allí tenía el armario de tres cuerpos con tres espejos.

Mientras él desenvolvía el vestido, ella se quitó la bata.

Lo hizo con naturalidad, pues sabía que Ciccino no se habría permitido nunca una mirada más larga de lo debido.

Se puso el vestido, giró sobre sí misma tres o cuatro veces y se miró en los espejos.

Y dijo:

—Hay que alargarlo al menos tres centímetros. Y arreglarlo detrás de los hombros, que allí donde ha puesto el cierre hace un pliegue y no ajusta.

Se quitó el vestido y se lo dio a Ciccino, que lo apoyó en la cama. Entonces, del maletín de médico que llevaba siempre, sacó lo necesario y se puso a manipular.

La señora Mariuzza intentó volver a ponerse la bata, pero lo repensó: hacía demasiado calor.

Pasado un cuarto de hora, Ciccino le pasó el vestido.

—Se lo pruebe.

La señora se lo probó. Se miró por delante y por detrás. Ahora, la largura era la justa. Hizo gesto de quitárselo.

—No, por favor, quédese así.

Ciccino se acercó por detrás para ver mejor dónde hacía pliegue el vestido. Se lo ajustó con las manos a la altura de las caderas, se lo ajustó de lado a la altura del pecho. Luego, sentenció:

—Poca cosa. No es cosa del corte. Basta mover un poco el cierre.

La señora intentó de nuevo quitarse el vestido.

—No, señora, lo vista todavía. Debo tomar la medida justa. Reabrió el maletín, sacó el yeso azul, volvió y se quedó de pie con el brazo en alto.

—¿Qué sucede?

—Señora, no alcanzo.

Ella lo vio reflejado en el espejo. ¡Madre del Amor Hermoso, qué feo que era! La cabeza del hombre le llegaba apenas a las caderas.

—Voy a buscar un taburete.

Salió, volvió, se puso frente al espejo.

Ciccino subió al taburete y pasó el yeso por el hombro de la señora.

Pero un segundo después ella lo vio extender los brazos y moverlos con furia como un pajarraco que quisiera echar a volar.

Había perdido el equilibrio y estaba a punto de caer de espalda.

Al instante, la señora se volvió y lo cogió en el aire.

Pero Ciccino estaba ya demasiado desequilibrado y cayó de espaldas sobre la cama.

Y la señora cayó encima de él, pues había tropezado también con el taburete.

Y sucedió que se miraron fijamente a los ojos y que no eran capaces de separarse. Es más, se apretujaron aún más.

—¡Madre del Amor Hermoso! ¡Una cosa que no se puede describir con palabras! Un animal peloso, verdad es, con una fuerza y una resistencia animal, pero al mismo tiempo una dulzura, una ternura, atenciones que mi marido jamás. Al paraíso me llevó. ¡Nada de Becchegio! Podría ser torbellino, tempestad, huracán. Has de creerme: no quería que parase, que no se levantara de la cama.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Que qué pienso hacer? Cuando vuelva en otoño, vestidos me agencio dos o tres, así él tiene motivo para estar más tiempo conmigo.

Tanina Buccè no pudo pegar ojo en toda la noche.

Así pues, incluso Mariuzza, que nunca traicionó al señor cónsul, pasó a engrosar el círculo de las que coronaban de cuernos al marido, sea regularmente, sea ocasionalmente.

Tanina pertenecía a las de esta clase. Una vez con un oficial de marina, una segunda vez con el vicesecretario federal del partido, una tercera vez con un villano veinteañero que trabajaba en los campos de su padre. Y luego, pues la historia con... ¡No!, ese nombre, ni mentarlo.

Pero no se sentía culpable. La culpa, si acaso, la tenía el marido, capaz que era de dejarla meses en ayunas.

Tanina no era una belleza como su amiga Mariuzza. Era casi tan alta como esta, pero no había punto de comparación. Pero, a fin de cuentas, no tenía de qué quejarse, pues Nuestro Señor la había dotado como corresponde. Y de ella no se podía decir que fuese una barra de hielo.

Por eso aquella noche no dejó de pensar y repensar en las palabras de la amiga.

Ciccino era animalesco como una bestia salvaje y, al mismo tiempo, dulce como la miel. Una mezcla rara de encontrar en los hombres.

Hacia las cuatro de la madrugada tomó una decisión. Y se durmió al instante.

A las siete la despertó el marido que se despedía de ella porque iba de cacería con los amigos.

Se levantó a las nueve. Fue a la cocina y le pidió a la sirvienta Angilina que fuera con el autobús a Montelusa a buscar una revista que no traían hasta Vigàta.

—¿Pero no podré estar de vuelta antes de la una! ¿Se preparará usía la comida?

—Sí, no te preocupes.

Salida que fue la sirvienta, entró en el baño y se arregló, se puso maquillaje, se pintó los labios y se roció con perfume Coty.

Se puso un viso y volvió a acostarse.

A las diez y media en punto, llamaron a la puerta.

—¿Quién anda? —dijo sin levantarse.

—Ciccino soy.

Fue a abrir.

—Perdóneme Ciccino, pero debo volver rápido a la cama. Esta noche no he estado muy católica.

—Si quiere, vuelvo mañana.

—No, hombre, no; venga conmigo.

Se acostó. Ciccino le enseñó el vestido.

—Señora, debería probárselo. Si le está mal, se lo arreglo. Si mientras se lo prueba quiere que salga de la habitación...

Siempre respetuoso y discreto, este Ciccino.

—No, hombre, no; quédese.

Se incorporó lentísimamente, de manera que mientras salía de la cama el viso se levantase y dejase desnudas las piernas, que se las sabía hermosas de sobra.

Pero Ciccino no dejaba de mirarse la punta de los pies.

Ella le quitó el vestido de las manos y se plantó delante del espejo del armario. Después, al ponérselo, lo hizo de manera que se atascara con el peinado.

—Ayúdeme, por favor.

Ciccino se puso detrás. Ella le apoyó todo el cuerpo.

Ciccino liberó el vestido y dio un paso atrás sin decir palabra.

Tanina tuvo un pensamiento malicioso: quizá Mariuzza lo había exprimido tanto que el pobre se sentía todavía agotado.

El vestido le quedaba como un guante, parecía que hubiera sido cortado para ella.

—Creo que no me necesita —dijo Beccheggio.

Sí, sí que lo necesitaba, ¡maldito sea! La indiferencia de Ciccino la enfadó.

Llegados a este punto, a Tanina le quedaba solo una carta que jugarse.

Y se la jugó.